

## JORNADA CUARTA

LA ESCENA ES EN VELETRI

### ESCENA PRIMERA

*El teatro representa una sala corta, de alojamiento militar*

D. ALVARO y D. CÁRLOS.

D. CÁRLOS. Hoy que vuestra cuarentena dichosamente cumplís, ¿de salud cómo os sentís? ¿Es completamente buena?...

¿Reliquia alguna notais de haber tanto padecido? ¿Del todo restablecido, y listo y fuerte os hallais?

D. ALVARO. Estoy como si tal cosa; nunca tuve más salud, y á vuestra solicitud debo mi cura asombrosa. Sois excelente enfermero: ni una madre por un hijo muestra un afán más prolijo, tan gran cuidado y esmero.

D. CÁRLOS. En extremo interesante me era la vida salvaros.

D. ALVARO. ¿Y con qué, amigo, pagaros podré interés semejante? Y aunque gran mal me habeis hecho en salvar mi amarga vida, será eterna y sin medida la gratitud de mi pecho.

D. CÁRLOS. ¿Y estais tan repuesto y fuerte, que sin ventaja pudiera un enemigo cualquiera?...

D. ALVARO. Estoy, amigo, de suerte, que en casa del coronel he estado ya á presentarme, y de alta acabo de darme ahora mismo en el cuartel.

D. CÁRLOS. ¿De veras?

D. ALVARO. ¿Os enojais porque ayer no os dije acaso que iba hoy á dar este paso? Como tanto me cuidais, que os opusierais temí; y estando sano, en verdad, vivir en la ociosidad

no era honroso para mí.

D. CÁRLOS. ¿Con que ya no os duele nada, ni hay asomo de flaqueza en el pecho, en la cabeza, ni en el brazo de la espada?

D. ALVARO. No... Pero parece que algo, amigo, os atormenta, y que acaso os descontenta el que yo tan bueno esté.

D. CÁRLOS. ¡Al contrario!... Al veros bueno, capaz de entrar en acción, palpita mi corazón del placer más alto lleno.

Solamente no quisiera que os engañara el valor, y que el personal vigor en una ocasión cualquiera...

D. ALVARO. ¿Quereis pruebas?

D. CÁRLOS. (Con vehemencia.) Las deseo.

D. ALVARO. A la descubierta vamos de mañana, y enredamos un rato de tiroteo.

D. CÁRLOS. La prueba se puede hacer, pues que estais fuerte, sin ir tan léjos á combatir, que no hay tiempo que perder.

D. ALVARO. No os entiendo... (Confuso.)

D. CÁRLOS. ¿No tendreis,

sin ir á los imperiales, enemigos personales con quién probaros podreis?

D. ALVARO. ¿A quién le faltan?—Mas no lo que me decís comprendo.

D. CÁRLOS. Os lo está á voces diciendo más la conciencia que yo. Disimular fuera en vano... vuestra turbación es harta...

¿Habeis recibido carta de don Alvaro el indiano?

D. ALVARO. (Fuera de sí.)

¡Ah traidor!... ¡Ah fermentido! violaste infame un secreto, que yo débil, yo indiscreto, moribundo... inadvertido...

D. CÁRLOS. ¿Qué osais pensar?... Respeté vuestros papeles sellados, que los que nacen honrados se portan cual me porté. El retrato de la infame vuestra cómplice os perdió, y sin lengua me pidió que el suyo y mi honor reclame. Don Carlos de Vargas soy, que por vuestro crimen es de Calatrava marqués: temblad, que ante vos estoy.

D. ALVARO. No sé temblar... Sorprendido, sí, me teneis...

D. CÁRLOS. No lo extraño.

D. ALVARO. ¿Y usurpar con un engaño mi amistad, honrado ha sido? ¿Señor marqués!...

D. CÁRLOS. De esa suerte no me permito llamar, que sólo he de titular despues de daros la muerte.

D. ALVARO. Aconteceros pudiera sin el título morir.

D. CÁRLOS. Vamos pronto á combatir, quedemos ó dentro ó fuera. Vamos donde mi furor...

D. ALVARO. Vamos, pues, señor don Carlos, que si nunca fuí á buscarlos, no evito lances de honor.

Mas esperad, que en el alma del que goza de hidalguía, no es furor la valentía, y ésta obra siempre con calma. Sabeis que busco la muerte, que los riesgos solicito, pero con vos necesito comportarme de otra suerte; y explicaros...

D. CÁRLOS. Es perder tiempo toda explicación.

D. ALVARO. No os negueis á la razón, que suele funesto ser.

Pues trataron las estrellas por raros modos de hacernos amigos, ¿á qué oponernos á lo que buscaron ellas? Si nos quisieron unir de mutuos y altos servicios con los vínculos propicios, no fué, no, para reñir.

Tal vez fué para enmendar la desgracia inevitable, de que no fuí yo culpable.

D. CÁRLOS. ¿Y me la osais recordar?

D. ALVARO. ¿Temeis que vuestro valor

se disminuya y se asombre, si halla en su contrario un hombre de nobleza y pundonor?

D. CÁRLOS. ¡Nobleza un aventurero!

¡Honor un desconocido! ¡Sin padre, sin apellido, advenedizo, altanero!!!

D. ALVARO. ¡Ay, que ese error á la muerte, por más que lo evité yo, á vuestro padre arrastró!... no corrais la misma suerte.

Y que infundados agravios, é insultos no ofenden, muestra el que está ociosa mi diestra sin arrancaros los labios.

Si un secreto misterioso romper hubiera podido, ¡oh!... cuán diferente sido...

D. CÁRLOS. Guardadlo, no soy curioso. Que sólo anhelo venganza y sangre.

D. ALVARO. ¿Sangre?... La habrá.

D. CÁRLOS. Salgamos al campo ya.

D. ALVARO. Salgamos sin más tardanza.

(Deteniéndose.)

Mas, don Carlos... ¡ah! ¿podreis sospecharme con razón de falta de corazón?

No, no, que me conoceis.

Si el orgullo, principal y tan poderoso agente en las acciones del ente que se dice racional,

satisfecho tengo ahora, esfuerzos no he de omitir, hasta aplacar conseguir ese furor que os devora.

Pues mucho repugno yo el desnudar el acero con el hombre que primero, dulce amistad me inspiró.

Yo á vuestro padre no herí, le hirió sólo su destino.

Y yo, á aquel ángel divino, ni seduje, ni perdí.

Ambos nos están mirando desde el cielo: mi inocencia ven, esa ciega demencia que os agita, condenando.

D. CÁRLOS. (Turbado.)

¿Pues qué?... ¿Mi hermana?... ¿Leo- (Que con vos aquí no está (nor?... lo tengo aclarado ya.)

Mas ¿cuándo ha muerto?... ¡Oh furor!

D. ALVARO. Aquella noche terrible llevándola yo á un convento,

exánime, y sin aliento,  
se trabó un combate horrible  
al salir del olivar  
entre mis fieles criados  
y los vuestros irritados,  
y no la pude salvar.  
Con tres heridas caí,  
y un negro de puro fiel,  
(fidelidad bien cruel)  
veloz me arrancó de allí,  
falto de sangre y sentido:  
tuve en Gelves larga cura,  
con accesos de locura:  
y apenas restablecido  
ansioso empecé á indagar  
de mi único bien la suerte;  
y supe ¡ay Dios! que la muerte  
en el oscuro olivar...

D. CÁRLOS.

(Resuelto.)

Basta, imprudente impostor;  
¿y os preciáis de caballero?...  
¿Con embrollo tan grosero  
quereis calmar mi furor?  
Deponed tan necio engaño:  
después del funesto día,  
en Córdoba con su tia,  
mi hermana ha vivido un año.  
Dos meses há que fuí yo  
á buscarla, y no la hallé.  
Pero de cierto indagué  
que al verme llegar huyó.  
Y el perseguirla he dejado,  
porque sabiendo yo allí  
que vos estabais aquí,  
me llamó mayor cuidado.

D. ALVARO.

(Muy conmovido.)

¡Don Carlos!... ¡Señor!... ¡amigo!  
¡Don Félix! ¡ah!... Tolerad  
que el nombre que en amistad  
tan tierna os unió conmigo  
use en esta situación.  
¡Don Félix!... soy inocente;  
bien lo podeis ver patente  
en mi nueva agitacion.  
¡Don Félix!... ¡Don Félix!... ¡ah!...  
¿Vive?... ¿vive?... ¡Oh justo Dios!  
Vive; ¿y qué os importa á vos?  
muy pronto no vivirá.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

Don Félix, mi amigo; sí.  
Pues que vive vuestra hermana  
la satisfacción es llana  
que debeis tomar de mí.  
A buscarla juntos vamos;  
muy pronto la encontraremos,  
y en santo nudo estrechemos,  
la amistad que nos juramos.

¡Oh!... Yo os ofrezco, yo os juro  
que no os arrepentireis,  
cuando á conocer llegueis  
mi origen excelso y puro.  
Al primer grande español  
no le cedo en jerarquía,  
es más alta mi hidalguía  
que el trono del mismo sol.  
¿Estais, don Alvaro, loco?  
¿Qué es lo que pensar osais?  
¿Qué proyectos abrigais?  
¿Me teneis á mí en tan poco?  
Ruge entre los dos un mar  
de sangre... ¿Yo al matador  
de mi padre y de mi honor  
podiera hermano llamar?  
¡Oh afrenta! Aunque fuerais rey.  
Ni la infame ha de vivir.  
No, tras de vos va á morir,  
que es de mi venganza ley.  
Si á mí vos no me matais,  
al punto la buscaré,  
y la misma espada que  
con vuestra sangre tñiais,  
en su corazón...

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

Callad.  
Callad... ¿delante de mí  
osasteis?...

D. CÁRLOS.

Lo juro, sí;  
lo juro...

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

D. CÁRLOS.

D. ALVARO.

## ESCENA II

*El teatro representa la plaza principal de Veletri; á un lado y otro se ven tiendas y cafés, en medio puestos de frutas y verduras, al fondo la guardia del principal, y el centinela paseándose delante del armero; los oficiales en grupos á una parte y otra, y la gente del pueblo cruzando en todas direcciones. EL TENIENTE, SUBTENIENTE y PEDRAZA se reunirán á un lado de la escena, mientras los OFICIALES 1.º, 2.º, 3.º y 4.º hablan entre sí, después de leer un edicto que está fijado en una esquina, y que llama la atención de todos.*

OFICIAL 1.º El rey Carlos de Nápoles no se  
chancea: pena de muerte nada menos.  
OFICIAL 2.º ¿Cómo pena de muerte?  
OFICIAL 3.º Hablamos de la ley que se acaba  
de publicar, y que allí está para que nadie la  
ignore, sobre desafíos.  
OFICIAL 2.º Ya, ciertamente es un poco dura.  
OFICIAL 3.º Yo no sé cómo un rey tan valiente

y jóven puede ser tan severo contra los lan-  
ces de honor.

OFICIAL 1.º Amigo, es que cada uno arrima el  
ascua á su sardina, y como siempre los de-  
safios suelen ser entre españoles y napolita-  
nos, y estos llevan lo peor, el rey, que al cabo  
es rey de Nápoles...

OFICIAL 2.º No, esas son fanfarronadas; pues  
hasta ahora no han llevado siempre lo peor  
los napolitanos; acordaos del mayor Caracio-  
lo, que despabiló á dos oficiales.

TODOS. Eso fué una casualidad.

OFICIAL 1.º Lo cierto es que la ley es dura;  
pena de muerte por batirse, pena de muerte  
por ser padrino, pena de muerte por llevar  
cartas; qué sé yo. Pues el primero que caiga...

OFICIAL 2.º No, no es tan rigurosa.

OFICIAL 1.º ¿Cómo no? Vean ustedes. Leamos  
otra vez. *(Se acercan á leer el edicto y se ade-  
lantán en la escena los otros.)*

SUBTENIENTE. ¡Hermoso día!

TENIENTE. Hermosísimo. Pero pica mucho el  
sol.

PEDRAZA. Buen tiempo para hacer la guerra.  
TENIENTE. Mejor es para los heridos convale-  
cientes. Yo me siento hoy enteramente bueno  
de mi brazo.

SUBTENIENTE. Tambien parece que el valiente  
capitan de granaderos del Rey está entera-  
mente restablecido. ¡Bien pronto se ha cu-  
rado!

PEDRAZA. ¿Se ha dado ya de alta?

TENIENTE. Sí, esta mañana. Está como si tal  
cosa; un poco pálido, pero fuerte. Hace un  
rato que lo encontré; iba como hácia la Ala-  
meda á dar un paseo con su amigo el ayu-  
dante don Félix de Avendaña.

SUBTENIENTE. Bien puede estarle agradecido;  
pues además de haberlo sacado del campo de  
batalla, le ha salvado la vida con su prolija  
y esmerada asistencia.

TENIENTE. Tambien puede dar gracias á la  
habilidad del doctor Perez, que se ha acredita-  
do de ser el mejor cirujano del ejército.

SUBTENIENTE. Y no lo perderá; pues segun  
dicen, el ayudante, que es muy rico y gene-  
roso, le va á hacer un gran regalo.

PEDRAZA. Bien puede; pues segun me ha di-  
cho un sargento de mi compañía, andaluz, el  
tal don Félix está aquí con nombre supues-  
to, y es un marqués riquísimo de Sevilla.

TODOS. ¿De veras? *(Se oye ruido, y se arre-  
molinan todos mirando hácia el mismo lado.)*

TENIENTE. ¡Hola! ¿Qué alboroto es aquel?

SUBTENIENTE. Veamos... Sin duda algun pre-  
so. Pero ¡Dios mio! ¿Qué veo?

PEDRAZA. ¿Qué es aquello?

TENIENTE. ¿Estoy soñando?... ¿No es el ca-  
pitan de granaderos del Rey el que traen  
preso?

TODOS. No hay duda, es el valiente don Fa-  
drique. *(Se agrupan todos sobre el primer bas-  
tidor de la derecha, por donde sale el capitan  
preboste y cuatro granaderos, y en medio de  
ellos preso sin espada ni sombrero don Alva-  
ro, y atravesando la escena, seguidos por la  
multitud, entran en el cuerpo de guardia que  
está al fondo; mientras tanto se desembaraza  
el teatro.— Todos vuelven á la escena, menos  
Pedraza que entra en el cuerpo de guardia.)*

TENIENTE. Pero, señor, ¿qué será esto? ¿Preso  
el militar más valiente, más exacto que tiene  
el ejército?

SUBTENIENTE. Ciertamente es cosa muy rara.  
TENIENTE. Vamos á averiguar...

SUBTENIENTE. Ya viene aquí Pedraza, que sale  
del cuerpo de guardia, y sabrá algo. Hola,  
Pedraza, ¿qué ha sido?

PEDRAZA. *(Señalando al edicto, y se reúne más  
gente á los cuatro oficiales.)* Muy mala causa  
tiene. Desafío... El primero que quebranta  
la ley: desafío y muerte.

TODOS. ¡Cómo!!! ¿Y con quién?

PEDRAZA. ¡Caso extrañísimo! El desafío ha  
sido con el teniente coronel Avendaña.

TODOS. ¡Imposible!... ¡Con su amigo!

PEDRAZA. Muerto le deja de una estocada ahí  
detrás del cuartel.

TODOS. ¡Muerto!

PEDRAZA. Muerto.

OFICIAL 1.º Me alegro, que era un botarate.

OFICIAL 2.º Un insultante.

TENIENTE. ¡Pues señores, la ha hecho buena!  
Mucho me temo que va á estrenar aquella  
ley.

TODOS. ¡Qué horror!

SUBTENIENTE. Será una atrocidad. Debe ha-  
ber alguna excepcion á favor de oficial tan  
valiente y benemérito.

PEDRAZA. Sí, ya está fresco.

TENIENTE. El capitan Herreros es con razon  
el ídolo del ejército. Y yo creo, que el gene-  
ral y el coronel, y los jefes todos, tanto es-  
pañoles como napolitanos, hablarán al rey...  
y tal vez...

SUBTENIENTE. El rey Carlos es tan testaru-  
do... y como este es el primer caso que ocur-  
re, el mismo día que se ha publicado la ley...  
No hay esperanza; jesta noche misma se  
juntará el consejo de guerra, y ántes de tres  
días le arcabucean!... Pero, ¿sobre qué habrá  
sido el lance?